

Crisis ambiental y construcción de nuevos vínculos sociales

José Enrique Antolín Iria

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

joseenrique.antolin@ehu.eus

ORCID: 0000-0002-0028-0888

Recibido: 12/09/2022

Aceptado: 15/02/2023

El presente artículo se encuadra dentro del proyecto que lleva por título, *Crisis y experimentalismo democrático, innovación social, prácticas emergentes y nueva institucionalidad*, dentro de Grupo Consolidado de Investigación de la Universidad del País Vasco (GIU 20 /047) y financiado por el Gobierno Vasco para el periodo abril 2021-abril 2024.

RESUMEN

En la modernidad tardía se está reconfigurando la forma de transmitir y comunicar la crisis climática. El concepto de *riesgo*, entendido como una contingencia, adquiere una relevancia central para entenderla. El riesgo no basta con definirlo científicamente, también se define socialmente (lo que es asumible o no); esto genera un escenario de incertidumbre en el que los sujetos se ven obligados a tomar decisiones. En este contexto, las redes sociales adquieren una preeminencia importante a la hora de comunicar y transmitir esta incertidumbre a través de las páginas web, Internet, chats... Se configura un nuevo espacio relacional: mensajes breves, uso intensivo de imágenes emocionales, desanclaje (ruptura espacio-tiempo). Por otra parte, esa contingencia, marca una nueva relación entre ciencia y política. La necesidad de reducir esa incertidumbre social redefine las relaciones entre ambos ámbitos: lo político necesita de la ciencia para justificar sus decisiones y la ciencia cada vez se ve más involucrada en las decisiones políticas. En un momento en que los procesos de individualización caracterizan a las sociedades avanzadas, se hace necesario reconstruir los vínculos sociales para responder a la crisis ecológica. Esta reconstrucción pasa por generar nuevos lazos a partir de la identidad entre iguales, no desde la acción colectiva. Esta nueva situación ha dado origen a un nuevo comunitarismo. La tesis que se defiende aquí es que asistimos a un escenario en el que se está rediseñando el espacio relacional a la hora de transmitir y comunicar la crisis climática, lo que afecta a la forma como se construyen los vínculos sociales en la modernidad tardía.

Palabras clave: científicación; desanclaje; comunitarismo; individualismo; subjetividad, emociones.

ABSTRACT. *The environmental crisis and the construction of new social bonds*

Late modernity is reconfiguring the way the climate crisis is broadcast and communicated. The concept of «risk» as a contingency acquires central relevance in understanding it. There is risk because it is socially defined as such; scientific definitions are not enough. This produces a backdrop of uncertainty in which subjects are obliged to make decisions. In this context, social networks become particularly prominent when broadcasting and communicating that uncertainty by means of web pages, the internet, messaging services etc. A new relational space is formed: short messages, the intensive use of emotive images, untethering (space-time rupture) and so on. In addition, a new relationship is established between science and politics. The need to reduce that social uncertainty redefines the relationships between the two spheres: politics needs science to justify its decisions, and science is increasingly involved in political decisions. The concept of «risk» also conditions how social connections are redefined. At a time in which a process of individualisation can be observed, it is necessary to redefine community relationships in response to the ecological crisis. They are constructed on the basis of identity among equals, not collective action, giving rise to a new communitarianism. The thesis defended here is that we live in a landscape of redefining the relational space when broadcasting and communicating the climate crisis, affecting the way in which social connections are built in late modernity.

Keywords: scientification; untethering; communitarianism; individualism; subjectivity; emotion.

SUMARIO

Introducción
 ¿Qué es un problema medioambiental?
 Las interrelaciones entre ciencia y política en el contexto de la crisis medioambiental
 La construcción de la problemática ambiental: la ruptura espaciotemporal a través de las redes sociales
 Los nuevos vínculos sociales: el individualismo y el neocomunitarismo como nuevos ejes de la actuación ambiental
 Conclusiones
 Referencias bibliográficas
 Nota biográfica

Autor para correspondencia / Corresponding author: José Enrique Antolín Iria. Universidad del País Vasco. Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Barrio Sarriena s/n. 48940 Leioa, Bizkaia.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Antolín Iria, J. E. (2024). Crisis ambiental y construcción de nuevos vínculos sociales. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 138(1), 115-129. DOI: <http://doi.org/10.28939/iam.debats-138-1.8>

INTRODUCCIÓN

Autores contemporáneos como U. Beck (1998), A. Giddens (1993), Z. Bauman (2003), o N. Luhmann (1992), han analizado desde diversos ámbitos las características que adopta la modernidad tardía o reflexiva, en los países avanzados. Se entiende por *modernidad tardía* o *reflexiva* aquella fase de la modernidad en la que las instituciones sobre las que se asentó (progreso, industrialismo, ciencia...) son cuestionadas y repensadas. Es una etapa que surge como el resultado de la evolución de la propia modernidad hacia un escenario caracterizado por la aparición de la *Sociedad del riesgo* (Beck, 1998), y la redefinición de los vínculos sociales a partir de un nuevo individualismo generado por la ruptura de los lazos comunitarios (Bauman, 2003).

Una de las particularidades de esta modernidad reflexiva es la aparición de la «sociedad del riesgo». U. Beck y N. Luhmann son los autores que han realizado una aproximación más sistemática a su definición (Galindo, 2015: 141). Para ambos autores, el concepto de *riesgo* es una de las características que mejor la definen. Si queremos entenderlo como fenómeno social, hay que verlo no solo como el resultado de la acción humana, sino también como una contingencia y ambivalencia (Alfie, 2017: 175),

como la probabilidad de que algo pueda pasar, pero no necesariamente ocurre; esta situación genera un escenario en el que la inseguridad adquiere relevancia social. Una segunda característica es que los riesgos no conocen una relación espacio-temporal, ni social (Beck, 1998: 27): a diferencia de las catástrofes, estos tienen mayores y menores grados de probabilidad, lo que genera diversos grados de incertidumbre, que se manifiestan globalmente, pero que repercuten localmente (Beck, 2000: 15). Ambas características condicionan la forma de ver y entender la crisis ecológica.

En 1986, Beck publica una obra clave para la cuestión que estamos abordando, *La sociedad del riesgo*, cuya tesis central es que en la modernidad tardía o reflexiva, la producción social de la riqueza (progreso humano), va acompañada de la producción social de riesgos. Los conflictos sociales ya no se relacionan tanto con el tema de la distribución de la riqueza, sino con la aparición de los riesgos, especialmente, los riesgos de carácter ecológico. Esto no significa la desaparición de las clases sociales, ya que el riesgo no queda adscrito a ninguna de ellas en particular (Alfie, 2017: 190). La idea central es que estos riesgos ambientales son el resultado del éxito de la racionalidad técnico-instrumental y de su esfuerzo por

controlar la naturaleza. El problema es que este escenario ha generado unas consecuencias no deseadas, no esperadas. Desde esta perspectiva, los resultados de la innovación científica han de ser vistos no solo desde sus logros, sino también, desde sus resultados no previstos. Esta situación va a condicionar la relación entre la ciencia y la política. La ciencia deja de ser una fuente de certezas, o más específicamente la tecnología derivada de la ciencia, ya que gran parte de los problemas vinculados a las catástrofes ecológicas vienen derivados por el desarrollo de determinadas tecnologías: nuclear (Chernóbil, Fukushima), química (Bhopal)... La paradoja es que la misma tecnología genera los problemas para elaborar el diagnóstico sobre estos y aporta sus soluciones. La cuestión que surge es ¿cómo se relacionan en este nuevo escenario la ciencia y la política?

Beck apuesta por un «realismo constructivista» a la hora de definir el concepto de riesgo como una construcción social. Los riesgos son al mismo tiempo «reales» y conformados por la percepción y su construcción social (Beck, 2000: 12). Los riesgos son reales porque en un momento determinado han sido socialmente definidos como tales, no basta solo con definirlos como reales en términos científicos. En la medida en que el conocimiento científico no siempre logra consensuar la respuesta que se debe dar a determinados procesos (especialmente los ambientales), los sujetos se ven emplazados a tomar decisiones, asumiendo una determinada postura. La pregunta que surge es: ¿cómo una sociedad determinada selecciona lo que es relevante o no para definirlo como un riesgo significativo socialmente?

Luhmann (1992) asumió la tarea de delimitar conceptualmente este fenómeno de la sociedad del riesgo. El punto de partida es que las teorías sociológicas han hecho de la acción su unidad básica de observación y análisis, mientras que Luhmann, dentro del contexto de su teoría sistémica de la sociedad, concibe la «comunicación» y no la acción como el elemento fundamental de lo social. Para él la acción no es en sentido estricto un fenómeno social (Galindo, 2015: 150). Cuando uno observa acciones es muy difícil saber

dónde termina lo propiamente individual y dónde comienza lo específicamente social. Para Luhmann lo social, viene definido como fenómeno cuando dos individuos establecen algún tipo de relación. El único fenómeno que cumple con estas características estrictamente relacionadas es la «comunicación», constituyéndose como la unidad básica de lo social. La característica del hecho de comunicar, es que tiene valor en sí misma, y reduce la complejidad del entorno (la contingencia) mediante la consolidación de estructuras comunicativas.¹ Desde esta perspectiva, la crisis ambiental derivada del riesgo sería vista no tanto como un hecho objetivo, sino como un acto comunicativo a través del cual somos capaces de construir la crisis climática. Si se asume dicho planteamiento, el desarrollo de las redes sociales supondría una nueva forma de comunicar la realidad ambiental por su amplio desarrollo en el ámbito social y porque estas reúnen una serie de características nuevas: la ruptura espacio-tiempo (desanclaje), la construcción de la verdad (la fiabilidad y el proceso de selección de la información por parte de los sujetos) o la inmediatez del mensaje y la forma de consumirlo.

Ambos planteamientos son complementarios tal como lo plantea Jorge Galindo: «la teoría de Luhmann atiende más a la reproducción social del sentido, sin preocuparse demasiado por su validación social. Beck, por su parte, no se preocupa demasiado por los aspectos formales propios de la reproducción del sentido, sino, justamente, por las formas que este adquiere empíricamente. Considero, pues, que todo desarrollo ulterior sobre este tema debe tomar en cuenta ambos niveles de análisis (reproducción de sentido y validación empírica del sentido)» (Galindo, 2015: 162).

Una tercera reflexión, vinculada a las características que presenta la modernidad tardía, es la que realiza Bauman en su obra *La modernidad líquida* (2003). Nos plantea, entre otros aspectos, que una de sus características es la disolución de los lazos comunitarios

¹ Luhmann falleció en 1998, antes del desarrollo de las redes sociales y la expansión de la comunicación en los entornos digitales.

para dar paso a una marcada individualidad. En la modernidad encontramos a los individuos vinculados por su pertenencia a un grupo o a una comunidad; por contraste, la modernidad líquida se caracteriza por el declive de las comunidades, lo que implica dejar al individuo con la tarea de crear su propia identidad con los medios que posee a su alcance. En ese sentido, el ideal de emancipación parece alcanzado, pues uno puede elegir de manera autónoma su identidad. La cuestión que se plantea es: ¿cómo se interrelacionan socialmente los sujetos en este escenario individualizado para hacer frente a la crisis climática?

La tesis que se defiende en este artículo es que la actual crisis climática representada en la modernidad tardía está generando nuevas formas de reproducirla socialmente, mediante la creación de un nuevo escenario relacional. Las consecuencias de este proceso (no son las únicas), pueden quedar reflejadas en tres ámbitos:

Primero, la aparición de un proceso de cientificación de la política. Cada vez la política apela más a la ciencia para legitimar decisiones que de otra forma resultarían difícil de fundamentar desde lo político (Ignazi, 2021). El problema es que el conocimiento científico tiene su propia lógica de fundamentación, y no puede resolver de forma categórica las incertidumbres generadas por la crisis climática.

Segundo, con el desarrollo de las redes sociales se están generando nuevas formas de transmitir y comunicar la crisis climática. Se asiste a un proceso de psicologización de las políticas ambientales basadas, entre otras características, en una explotación intensiva de las emociones individuales (vinculadas a la emergencia del *yo*) como eje central del análisis social. Paralelamente, se asiste a una ruptura espaciotemporal a la hora de percibirla y representarla, lo que genera un conjunto de problemas cognoscitivos.

Por último, con el desarrollo del individualismo y la ruptura de los vínculos sociales aparecen nuevas formas de asociacionismo, como es el neocomunitarismo. Es la respuesta que se da desde el individualismo a la crisis climática.

Cada uno de estos temas daría por sí solo para uno o varios artículos por su complejidad y por los matices a los que están sujetos. Siendo consciente de esta limitación me propongo realizar una primera aproximación a la problemática descrita.

La metodología seguida se ha basado en una recopilación de la bibliografía existente, así como de los estudios e informes recientemente publicados relacionados con el tema planteado (la crisis ambiental y la construcción de los nuevos vínculos sociales). A partir de su análisis y estudio, se ha planteado una propuesta que permita una primera aproximación al tema.

¿QUÉ ES UN PROBLEMA MEDIOAMBIENTAL?

En la actualidad, se asiste no solo a una crisis ambiental, sino también a una nueva manera de redefinirla, por lo menos en la modernidad tardía. Esta redefinición pasa por nuevas formas de construir los vínculos sociales² por parte de los individuos; el modo como se está tomando conciencia de la crisis ambiental y la forma como se transmite en términos comunicativos, tiene características propias que lo diferencian de escenarios anteriores.

Cuando se aborda la crisis ambiental, esta se puede analizar desde una doble perspectiva: desde la perspectiva tecnocientífica o desde la constructivista. La tecnocientífica se presenta como una construcción objetiva a través de la información que nos aporta la comunidad científica (resultado de la aplicación del método científico). Es el caso, por ejemplo, del reciente informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPPC) (2021) en el que se describe el impacto que va a tener el cambio climático en el futuro (Ramos, 2021: 1). En el caso de la constructivista, cada grupo

² Los vínculos sociales son entendidos como una unidad mínima básica de configuración de la sociedad, a través de la cual los individuos forjan sus relaciones y comportamientos. «Los elementos centrales del vínculo social son *la interacción social, los agregados sociales, la autoridad social, los roles sociales, los status sociales, las normas sociales y la entropía social*» (Nisbet, 1975: 47).

social o cultural realiza una definición del problema basándose en su experiencia, clase social, edad, género..., definiendo en cada contexto la relevancia o no del problema. La pregunta clave es: ¿cómo seleccionan los grupos sociales su relevancia?, ¿por qué lo definen como problema frente a otros posibles?

La cuestión que se plantea es que las predicciones sobre los riesgos ambientales pueden tener una ambigüedad: qué riesgos son asumibles y qué riesgos no son asumibles socialmente. En esta situación de incertidumbre es donde los grupos sociales definen lo que es relevante o no, dependiendo de cómo perciben o construyen socialmente esa situación.³

La selección no pasa necesariamente por determinar los temas significativos con parámetros de racionalidad objetiva de relación causa-efecto, y a menudo nos podemos encontrar con lo que se denominan «disonancias cognoscitivas» (Riechmann, 1998: 37-64). Giddens plantea la aparente contradicción entre la urgencia de actuar en materia climática y la escasa voluntad de hacerlo, tanto a nivel social como individual (Giddens, 2010). Es lo que se denomina la «paradoja de Giddens»: las personas tienden a maximizar su utilidad presente más que a largo plazo, aunque hacerlo suponga muchos más perjuicios. Esta cuestión plantea el problema de la relación entre conciencia y conducta. Puedo tener uno o varios coches en el núcleo familiar y estar a favor de la lucha contra el cambio climático; puedo estar a favor de una reducción del consumo, pero nunca he dejado de consumir tanto; puedo estar a favor de disminuir la movilidad y me voy a vivir a un adosado en la periferia de la ciudad... Cuanto mayor sea la abstracción del problema planteado, la capacidad de comprensión y actuación sobre este se reduce; cuanto más lejana esté la problemática planteada menos nos compromete.

3 En ese sentido, Joffe afirma que, en vez de ser pasivos o erróneos perceptores de las ideas de los expertos y de los medios masivos, las personas legas forman representaciones en línea con sus preocupaciones, que son a menudo conducidas por emociones, como ansiedad, miedo e incertidumbre, en vez de ser resultado de un proceso de manipulación fría de información, y que pueden jugar roles claves en la aprehensión del riesgo (Joffe, 2003: 62).

El problema es que el medio ambiente es un sistema complejo en el que predomina la incertidumbre y no existe una única perspectiva de análisis; los problemas planteados muchas veces tienen más de una respuesta y en múltiples ocasiones no hay una respuesta inmediata. «Reconocer a los sistemas naturales reales como complejos y dinámicos implica moverse hacia una ciencia cuya base es la impredecibilidad, el control incompleto y una pluralidad de perspectivas legítimas» (Funtowicz y Ravetz, 2000: 23). El método científico tiene sus tiempos y las respuestas están sujetas a un protocolo de validación. El inconveniente que nos podemos encontrar es que los tiempos sociales (y sus emergencias) no son los mismos que los tiempos científicos o políticos. Por este motivo los valores, que no pasan necesariamente por la ciencia, pero sí por las decisiones políticas, desempeñan un papel determinante en el proceso de toma de decisiones en la gestión del medio ambiente.

Un segundo problema que se plantea es el epistemológico. Algunos autores han planteado la dificultad de interrelacionar las dimensiones sociales y naturales, ya que parten de puntos de vista diferentes: en las ciencias sociales el objeto de estudio es el comportamiento social, en el que los sujetos se encuadran dentro de varios sistemas sociales (redes sociales informales, la familia, la empresa...), mientras que las dimensiones naturales se rigen por leyes naturales. Este escenario hace que las relaciones de causalidad entre ambas dimensiones sean en muchos casos difíciles de explicar (Bunge, 2000: 41).

LAS INTERRELACIONES ENTRE CIENCIA Y POLÍTICA EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS MEDIOAMBIENTAL

En estos momentos se da una nueva forma de relación entre la política y la ciencia. Por una parte, viene derivada de la crisis de legitimación que sufre el discurso político actualmente (Castells, 2016). Por otra, el papel predominante que ha adquirido la ciencia en una época de incertidumbre, pasando del ámbito puramente académico a constituirse como eje del discurso político. Se asiste a un escenario en que la relación entre la política

y la problemática medioambiental es cada vez más interdependiente, dando lugar a una «cientificación de la política». Con la crisis ambiental la relación entre la sociedad y el medio ambiente cambia de modo sustancial; el conocimiento científico vinculado a las ciencias biológicas y físicas, principalmente, adquiere una relevancia importante. El punto de partida es que las soluciones a los problemas ambientales serán más acertadas si están basadas en decisiones científicas «objetivas».⁴ En este contexto, los «comités de expertos» se constituyen como los evaluadores de la gravedad de los problemas ambientales, basándose en un supuesto conocimiento especializado del tema y recurriendo para su validación a la aplicación del método científico. Esta necesidad de recurrir a los comités de expertos, cada vez se hace más imprescindible en las sociedades complejas dada la necesidad de que estos intermediarios nos seleccionen la información y la hagan comprensible a la opinión pública. Se crean para resolver las incertidumbres creadas por la crisis ambiental, pero el problema es que estos «comités de expertos» pueden ofrecer respuestas ambivalentes. Un comité puede promover construir más centrales nucleares como alternativa al cambio climático y plantear dicha energía como verde (el caso francés), otro grupo puede dudar de su viabilidad económica (altos costos) o ambiental (el problema de almacenaje de los residuos). Estos problemas podemos encontrarlos en otros temas: los transgénicos, el hidrógeno, el 5G.

La pregunta que surge es: en este contexto ¿cómo toman las decisiones los individuos?, ¿cómo seleccionan aquellas respuestas que consideran más acertadas para su vida diaria?... A partir de la descripción del problema que realiza la comunidad científica, guían sus decisiones basándose en su propia *subjetividad* principalmente (la mayoría de las personas no legas, no tienen conocimientos suficientes para abordarlos y poderlos evaluar). Se selecciona aquella respuesta o

respuestas que les permita reducir su incertidumbre.⁵ En una interesante investigación sobre la incertidumbre y el cambio climático en España (2018-20) realizada desde una aproximación cualitativa, los autores concluían que «...si bien es firme la creencia de que, si hubiera un saber serio y fiable sobre la crisis climática, lo debería proporcionar la ciencia o ser sancionado por ella, también se considera que esa ciencia a veces no existe y otras no llega, ya porque no se comunica con la debida claridad, ya porque se oculta. A la ignorancia resultante, se suma la incertidumbre producida por la falta de acuerdo entre los científicos» (Ramos y Callejo, 2022: 9). Pero el reconocimiento de la subjetividad no significa renunciar al conocimiento, sino que lleva a rechazar la concepción de que el conocimiento es absoluto. El antiguo ideal científico de que la ciencia genera un conocimiento científico seguro y demostrable resulta cuestionable; actualmente partimos de que los enunciados en la ciencia siempre son provisionales. «La ciencia es una actividad social que considera el conocimiento científico en base al consenso social que lo respalda» (Beltrán, 1999: 307).

En esta nueva situación los gestores políticos cada vez recurren más a la ciencia y a la tecnología derivada de esta para fundamentar sus políticas medioambientales. Es como si la política se redefiniera en un nuevo «positivismo»,⁶ lo que ha llevado cada vez más a un uso inflacionario del conocimiento científico por parte de los políticos. Estas interrelaciones definen el nuevo escenario medioambiental: la tecnología recurre al conocimiento científico para proporcionarnos evidencias de los daños sobre el medio ambiente, ofrece respuestas y soluciones a estos, sin embargo, se acepta cada vez más que el conocimiento científico tiene debilidades. Debilidades internas, referidas a los propios métodos

4 Cuando afirmamos «decisiones científicas objetivas» se define desde la lectura cultural o política que se hace de esta, no desde la evolución de la propia ciencia. Es objetiva porque definimos socialmente en un momento determinado lo que es objetivo.

5 J. Searle distingue entre fenómenos dependientes del observador y los que son independientes del observador. El mundo social consiste en fenómenos dependientes del observador, por lo que se puede hablar de la construcción de realidades sociales. En contraste, las ciencias naturales describen fenómenos independientes del observador, que en consecuencia no se construyen (Searle, 1997: 28).

6 Es como si todo el conocimiento se limitase al método científico, a lo empírico y verificable.

de producción y validación del conocimiento científico, tal y como pone de manifiesto la teoría de la ciencia (Bunge, 1972). La ciencia produjo el soporte tecnológico para desarrollar la bomba atómica, para validar la investigación militar, pero las políticas de investigación vienen condicionadas por quienes las financian, la ciencia no es neutra. El problema es que toda evidencia científica es, por definición, refutable, de manera que la propia autoridad de la ciencia pueda ponerse en cuestión. Esto contribuye a sacar a la luz la dificultad de acceder a un fundamento firme sobre el conocimiento necesario para adoptar las medidas necesarias (las políticas ambientales). «La firmeza y rigidez de las hipótesis científicas choca con la flexibilidad de lo opinable» (Vallespín, 2021: 43). La modernidad tardía hace de la ciencia uno de los ejes fundamentales de las políticas ambientales, siendo el papel asignado a la «tecnología verde» una de sus expresiones más precisas. Dicho papel habría que encuadrarlo dentro del denominado «capitalismo verde», que nos plantea cómo a través del libre mercado y con el desarrollo de una tecnología eficiente (en parte proveniente de la iniciativa privada) junto con otras iniciativas (reciclaje, eficiencia energética...) se puede superar la crisis ambiental. Se parte del principio, de que existe cierto determinismo tecnológico en el que se considera que no se necesitan grandes cambios políticos que impliquen elevadas transformaciones sociales, para poder maximizar la utilidad social de la tecnología. Así, tal como plantea Rendueles (2013), la tecnología rebasa los mecanismos tradicionales de la organización de la esfera pública.

En este contexto, los debates ambientales aparentemente se «despolitizan». Un ejemplo de esta nueva situación, es el debate sobre el cambio climático y la necesidad de abordar la emergencia climática. La propia definición de *emergencia* supedita los debates a soluciones concretas que posibiliten dar respuestas (reales o ficticias) a dicha emergencia, la *tecnología* tiene una respuesta más estructurada que lo político. Lo político, entendido como un espacio en que los actores hacen sus propuestas y se articulan las políticas ambientales, se redefine. Se prima el debate científico-técnico en las políticas económicas y ambientales (capitalismo

verde) sobre el modelo de desarrollo y se excluye de los debates a aquellos actores que no asumen un supuesto consenso para abordar el tema: los anticapitalistas, los antisistema, antidesarrollistas o anticonsumistas son marginados del debate porque, aunque podamos pensar que tienen razón, no dejan de ser utópicos y poco realistas en este nuevo escenario: hay urgencia para solucionarlo. Las contradicciones vuelven a aflorar: si se quiere producir coches eléctricos se necesitarán unas baterías que tengan mayor capacidad, que al mismo tiempo necesitan emplear «tierras raras» que son a su vez un bien escaso cuya producción está centrada en China, lo que significa mayor dependencia. Se plantean soluciones para la energía como el hidrógeno, cuya producción se caracteriza por ser una gran consumidora de energía. Ernest García expresa muy bien esta idea: «toda solución tecnológica desplaza los límites, no los anula. Cuando introducimos desarrollos tecnológicos que consiguen eliminar un obstáculo al crecimiento o evitar un colapso del sistema, el sistema crece hasta otro límite, lo sobrepasa temporalmente y se desploma» (García, 2021: 639). La paradoja de Jevons, resume bien este principio.⁷

En este nuevo escenario, ¿cómo se comunica la crisis climática?, ¿cómo los sujetos construyen lazos comunitarios para responderla?

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PROBLEMÁTICA AMBIENTAL: LA RUPTURA ESPACIOTEMPORAL A TRAVÉS DE LAS REDES SOCIALES

Los procesos tradicionales de acción colectiva se basan en un sistema de comunicación interpersonal en que interactúan los sujetos. Las interacciones personales conllevan la necesidad de debatir, fundamentar tus

⁷ La paradoja de Jevons implica que la introducción de tecnologías con mayor eficiencia energética puede, a la postre, aumentar el consumo total de energía. El estudio del caso de las máquinas de vapor en la industria textil, un aumento de su eficiencia, suponía una reducción del coste en la producción lo que significaba un mayor aumento de la producción (energía y algodón) y un mayor crecimiento de la demanda.

decisiones y analizar las consecuencias bajo la mirada de los otros en un espacio público, en una asamblea... Sin embargo, a través de las redes sociales las nuevas formas de vinculaciones colectivas no se asientan sobre la proximidad física o el contacto directo: no hay corporeidad. A través de Internet se construye una nueva sociabilidad basada en la tecnología, no hace falta una comunicación presencial, con lo que desaparecen las interrelaciones físicas o de grupo. Aparecen la «comunidad virtual» o las «multitudes inteligentes» (Rheingold, 2004), aquellas agrupaciones capaces de actuar conjuntamente de manera eficaz sin conocerse. Estas comunidades generan entornos intensivos de comunicación donde poder participar, compartir, consumir, debatir, a través de Internet (blog, foros, webs...).

La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿cómo se construye la problemática ambiental en el contexto de las redes sociales? La primera, característica sería la *inmediatez de los mensajes* y el uso intensivo de las imágenes (O'Neil et al., 2013). En general, el uso de las imágenes en las redes resulta especialmente efectivo cuando se desarrollan a través de los denominados *ecoinfluencers*, como Greenpeace o personas destacadas del activismo como Greta Thunberg, entre otros (San Cornelio et al., 2020). Son mensajes breves, inmediatos e impactantes, que apelan fundamentalmente a la emotividad: una pobre tortuga con un anillo de plástico en la cabeza, mares de plásticos en mitad del océano, una persona detenida en una protesta rodeada de policías, etcétera. Las recientes campañas realizadas por activistas climáticos, arrojando contra un cuadro de Van Gogh, o pegándose al cuadro de *Las majas* de Goya, o tirando harina al coche customizado de Andy Warhol..., se podrían encuadrar dentro de este planteamiento. El problema es que muchas veces el mensaje se agota en sí mismo, lo que requiere cada vez una imagen más impactante para seguir generando atención. A principios de los años noventa Ingrid Sischy (1991) acusaba al fotógrafo Sebastião Salgado de anestesiarse la indignación del espectador por hacer bello el sufrimiento de las personas, la preocupación por la composición de sus fotografías hacía que el es-

pectador quedase pasivo ante la tragedia que estaba observando, puesto que la belleza es una llamada a la admiración, no a la acción. Persistía entonces la infantil idea de que ante la indignación frente a desastres incontrolables (hambre, desastres naturales...), la acción bienintencionada tiene como resultado la supuesta solución.

Susan Sontag en su obra clásica *Sobre la fotografía* (2014) denunciaba el valor ambivalente de las imágenes. Por una parte, dotamos a la realidad de imágenes y, por otra, lo que se hace es perder precisamente esa realidad, porque esa imagen que definimos como real, tiene que ver más con la forma como seleccionamos, acotamos y construimos subjetivamente esa imagen, que con lo que es. Una imagen no es la realidad, sino una selección de esta sobre la base de criterios previamente definidos.

En segundo lugar, estas nuevas formas de comunicar no están sujetas a espacios territoriales, es lo que Giddens denomina «desanclaje» (1994: 32). Plantea que en la época actual se produce un distanciamiento entre el suceso, el tiempo y el espacio. Este desanclaje de los fenómenos sociales es debido a la producción constante de conocimientos de las personas y los grupos sociales, fundamentalmente a través de las tecnologías electrónicas.⁸ El desanclaje es la consecuencia de la separación del espacio del lugar local y del fomento de relaciones comunicacionales entre los que no están en el mismo lugar, entre «ausentes». Surge así el «espacio vacío», representación del espacio sin referirse a un espacio local específico. La primera condición para el proceso de desanclaje es cortar las conexiones entre la actividad social global y su vínculo con las singularidades en los sucesos locales. Es lo que Vallespín denomina «espacios desterritorializados»

8 Ello se produce por dos fenómenos que se desarrollan simultáneamente: las señales simbólicas o medios de intercambio que pueden ser transmitidos de unos a otros sin considerar por las características de los individuos o grupos que los manejan, y los sistemas expertos o sistemas de procesos tecnológicos o de experiencia profesional capaces de organizar áreas del entorno material y social en el que vivimos, todo ello muy alejado de los contextos locales.

(2015). Esto es interesante porque si construyo mi conciencia ambiental a través de las redes sociales es posible que la distinción local-global se diluya parcialmente porque no hay una continuidad espacio-temporal. Si adquiero la conciencia ambiental a través de una pantalla de un móvil o de un ordenador, el concepto de distancia física no existe, porque el consumo es instantáneo. Esta situación puede llegar a crear disonancias cognoscitivas: tengo más conciencia del problema generado por la desaparición de las ballenas, que del impacto que genera la autovía que están haciendo delante de mi casa.

Por último, una de las características que tiene la producción de la información en red es que se consume de manera horizontal y está sujeta a un *pluralismo inherente*. En la medida en que en algunos casos las amenazas ambientales no pueden ser determinadas científicamente de forma concluyente, nos encontramos con un espacio en el que los intercambios de información y de datos pueden ser contradictorios. Un ejemplo son los debates que se dan en el sector agroalimentario (el debate sobre el consumo de carne, el vegetarianismo...) o el de la biotecnología (transgénicos). Si admitimos la subjetividad como base del proceso de selección de la información ambiental, asumiremos que nuestras preocupaciones por las cuestiones ambientales surgen de la experiencia básica de inseguridad, derivada de la crisis ambiental entre otras causas, por lo que consumimos en la red. Esto no quita que en la red nos podamos encontrar informes y estudios de muy alta calidad, no es incompatible.

LOS NUEVOS VÍNCULOS SOCIALES: EL INDIVIDUALISMO Y EL NEOCOMUNITARISMO COMO NUEVOS EJES DE LA ACTUACIÓN AMBIENTAL

Una de las claves del actual proceso de estructuración social es la relevancia que tiene la elaboración y gestión de las emociones. Dicho proceso no solo organiza las prácticas sociales (salud, educación...) sino también, las decisiones políticas. Se promueven, o se consumen, diversas formas de «sentir».

Hay emociones que nos incitan a actuar, otras nos llevan a escondernos o a huir de la realidad. Todas las emociones pueden ser útiles y contribuir al bienestar de la persona que las experimenta, para lo cual hay que conocerlas y aprender a gobernarlas. Es posible hacerlo porque las emociones, al igual que otras tantas expresiones humanas, se construyen socialmente. Victoria Camps lleva a cabo un estudio de las emociones planteándonos que los afectos no son contrarios a la racionalidad, sino que, por el contrario, solo desde ellos se explica la motivación para actuar racionalmente (Camps, 2011). En la época de las redes sociales las emociones juegan un papel importante, son en gran parte el resultado de las interacciones que mantenemos a través del móvil o del ordenador con otras personas o de la forma como consumimos imágenes, noticias, whatsapps...⁹

La pregunta que surge es: ¿qué son las emociones? Genéricamente, se podrían explicar las emociones como experiencia personal.¹⁰ Por ejemplo, el miedo que sentimos ante una situación de peligro en la que puede estar en juego nuestra propia vida. A nivel cognitivo, es decir, en lo que concierne a nuestra capacidad de comprensión, juicio, memorización y razonamiento, el miedo puede hacernos perder la capacidad de controlar nuestra conducta, reaccionaremos tratando de decidir si tenemos más posibilidades de sobrevivir luchando, huyendo o quedándonos paralizados. A nivel subjetivo, experimentaremos una serie de sensaciones físicas, intensas, desagradables y descontroladas que junto con los cambios cognitivos y algunos pensamientos sobre el peligro y sus

9 Tradicionalmente el tema de las emociones en la izquierda política no ha sido un tema relevante. Para el marxismo clásico las emociones no se correspondían con una categoría de análisis. La razón es que el marxismo se presentaba como una ciencia que analizaba la evolución del capitalismo. Su proceso de autodestrucción era irreversible y las emociones como la moral quedaban al margen, sujetas únicamente al compromiso político de cambiar la realidad (Cohen, 2001: 137).

10 Lawler define las emociones como estados evaluativos, sean positivos o negativos, relativamente breves, que tienen elementos fisiológicos, neurológicos y cognitivos (Lawler, 1999: 21).

consecuencias harán que tengamos una experiencia de miedo única e imborrable.¹¹

Existe una segunda definición de las emociones cuando estas no son derivadas de los comportamientos personales, sino que *están vinculadas a la acción colectiva*. Las emociones juegan un papel importante en la opinión pública y en la acción política (Jasper, 2011: 48-68): la indignación, la humillación, la injusticia..., condicionan y dan vida a los movimientos de protesta en el reclutamiento de sus miembros, el mantenimiento de la organización o en la lucha por el logro de los objetivos. Emirbayer y Goldberg plantean que la acción colectiva tiene que estar vinculada a las emociones, pero bajo tres premisas: la razón y las emociones son convergentes, las emociones son algo más que estados individuales de la mente y que las emociones colectivas pueden ser analizadas analíticamente (Emirbayer y Goldberg, 2005).

Se puede afirmar que actualmente las emociones tienen un papel fundamental en el debate político: no se construyen desde la lógica de la acción colectiva sino desde el consumo individual que se lleva a cabo mediante las imágenes y la información transmitidas a través de las redes sociales o de los medios de comunicación. Apelo al Estado o a las empresas como causantes de los problemas ambientales para que los solucionen, porque estos afectan a todo el planeta, por ejemplo, el cambio climático. Es un modelo que se construye sobre las emociones personales, no colectivas. Al vivir la crisis ambiental como una experiencia personal, la acción colectiva deja parcialmente de ser un proyecto político estructurado para cambiar la realidad. No actúo porque quiera cambiar radicalmente el mundo sino

porque el mundo desaparece y yo me veo afectado, luego hay que actuar. Es un contexto despolitizado, no voy a realizar ninguna revolución radical, solo pido que se gestione bien lo existente.

Norgaard (2011) nos muestra como el manejo emocional nos ayuda a evitar emociones incómodas que pueden conducir a la negación del problema por parte de sujetos informados. Estos sujetos confían en sus instituciones y están afectados por los impactos locales del cambio climático, además de estar organizados y ser sensibles con respecto a los problemas ambientales. Este proceso puede ser un elemento central en la comprensión de la dimensión emocional del activismo climático, tanto en los casos donde los activistas canalizan las emociones incómodas hacia otras emociones —como la esperanza o la rabia—, como cuando se entiende el limitado involucramiento de ciertos participantes que, a pesar de estar preocupados, no están dispuestos a comprometerse.

Con la pujanza actual de la neurobiología y de la psicología, hay cierta tendencia a psicologizar el análisis social. Eva Illouz afirma que el capitalismo ha ido desarrollando un modelo psicológico de «comunicación» en el que las emociones salen de la esfera privada y se sitúan en el centro de la sociabilidad bajo forma de modelo cultural (Illouz, 2007). El problema, tal como lo plantea Lypovsky (2006), es que la modernidad tardía presenta una doble cara: por una parte, se caracterizaba por la búsqueda del individualismo y, por otra, los individuos tienen necesidad de buscar vínculos comunitarios que den sentido a su vida; este escenario les genera una tensión permanente.

De acuerdo con el análisis de Bellah (1989), en las sociedades modernas los individuos no suelen integrarse en comunidades —grupos sociales en donde el vínculo entre los miembros remite a una historia compartida o la pertenencia a un propósito común de vida o a un grupo para cambiar la sociedad— si no tienden a formar lo que él llama «enclaves de estilo de vida» (por ser vegano, por ser animalista, por ser naturista...), vinculados a la creación de nuevas identidades. Este proceso se ve incrementado por los

11 Las emociones sentidas por el sujeto nunca deben ser consideradas como simples respuestas mecánicas o fisiológicas a las variaciones producidas en el entorno. Tal y como han puesto de relieve diversas teorías, la experiencia emocional de un sujeto dependerá de muchos factores: de cómo valore consciente y/o inconscientemente los hechos; de a qué/quién atribuya la causa/responsabilidad de esos hechos; de sus expectativas ante la situación; de la identidad social activa en cada momento, o de la identificación del sujeto con otras personas, grupos o colectivos (Bericat, 2012).

procesos de digitalización a través de la creación de foros y de chats, donde nos relacionamos entre iguales compartiendo nuestras experiencias comunes. Se trata de asociaciones que tienen que ver con el ámbito de la vida privada, no tienen conexión alguna con el mundo del trabajo, con los debates de la desigualdad social, se reúnen personas que se asemejan social, cultural y económicamente. Aunque suene contradictorio, podemos hablar en este contexto de «asociaciones individualistas», pues lo que el individuo busca en tales grupos es reunirse con otras personas que se asemejen en alguna de las facetas mencionadas. Lo que argumenta es que es posible potenciar estos lenguajes de compromiso desde una óptica individualista. Si se asume dicho planteamiento, nos lleva a un nuevo comunitarismo en el que las asociaciones no se hacen desde objetivos comunes, sino desde una asociación entre iguales que defienden intereses comunes. Con frecuencia, dicho planteamiento se encuadra dentro de una reflexión sobre los «cuidados mutuos» como forma de autoapoyo para hacer frente a los problemas planteados. Pero esto no se idea desde la óptica del bien común, sino desde el individualismo: lo único que se busca es gestionar mis futuros escenarios de inseguridad vinculados a la crisis climática. Se pueden legitimar los derechos individuales, entre los que se incluye el derecho al cuidado.

En este nuevo escenario, aparecen nuevas formas de organizar y entender una parte de los nuevos movimientos ambientalistas. Las nuevas maneras de consumir información ambiental y de movilización, especialmente a través de movimientos como el Fridays for Future, Extinction Rebellion o Greta Thunberg (Amondarín et al., 2022), abren nuevas líneas de actuación que no se habían visto hasta ahora: personas adolescentes realizando huelgas climáticas, o protestas en la calle.¹² La forma como se aborda la crisis climática cambia, como sostiene el economista ecológico Joan Martínez Alier; para que haya un movimiento,

no hace falta una organización. Es erróneo buscar la presencia del movimiento global de justicia ambiental en los cambiantes nombres de las organizaciones más que en las acciones locales, con sus formas diversas, y en sus expresiones culturales (Alier, 2020).

La edad tiene un papel importante, ya que son jóvenes entre los dieciséis i veinticinco años, que se han socializado de forma diferente a las generaciones anteriores. Desde la escuela o el instituto, han tenido información sobre las cuestiones ambientales a través de las Agendas Locales 21, programas de educación ambiental, etcétera; nunca han tenido tanta información, pero pocas veces se les dijo que tenían que actuar colectivamente. La gran mayoría de los programas de educación ambiental no plantean cómo actuar colectivamente o cómo cambiar políticamente el modelo de desarrollo (antiproduccionismo, decrecimiento...), se centran en cómo actuar personalmente para cambiar el planeta.¹³ El problema eres «tú» que no haces lo suficiente (reciclando,¹⁴ cogiendo el transporte público...), no se busca cambiar el escenario social. Para ello se emplea un lenguaje abstracto: capitalismo (no pocos tipos de capitalismo hay), desarrollo sostenible (no pocas definiciones), pobreza o «consumo responsable».¹⁵ Es interesante este concepto por estar tan popularmente extendido actualmente en las políticas ambientales,

12 Solo a lo largo del año 2019, organizaron dos huelgas globales por el clima (15 de marzo y 24 de mayo), y la Semana Global por el Clima (20-27 de septiembre), con las que se consiguieron unas movilizaciones muy importantes.

13 Quizás una primera pista para la solución de esta paradoja nos la proporcione el considerable aumento de jóvenes que consideran que «la inventiva humana (ciencia y tecnología) asegurará que no convirtamos la Tierra en inhabitable». Mientras en el *Informe del 2005* de la Fundación Santa María solamente un 38 % de los jóvenes concedía credibilidad a la solución tecnológica de los problemas medioambientales, en el último informe esta opción parece haber convencido ya a más de la mitad de los jóvenes, el 52 % (2012) (González y Sánchez, 2012: 93).

14 Ernest García explica que la austeridad vinculada a una reducción del consumo frente al concepto de reciclaje «se considera políticamente impracticable, pues se supone que ni las empresas ni las poblaciones la aceptarían como una forma de desarrollo. Así pues, las líneas que aparecen como más viables son las que se centran en un uso más eficiente de los recursos» (García, 2004: 203).

15 Con respecto a la relevancia del consumo y sus impactos, véase el Informe del Worldwatch Institute (2004). Por primera vez en el capítulo 1 se plantea el concepto de «consumo responsable».

si bien la teoría del consumo asegura que este es uno de los elementos de la vida cotidiana que con más fuerza crea identidades en las sociedades consumistas, en contraposición a la religión, la profesión o la clase social; estas identidades *consumistas* poco tienen que ver con una identidad colectiva alimentada por la actividad común (consumo), sino con identidades *micro*, construidas por el juego de las diferencias tal como lo describe Jean Baudrillard: «el objeto de consumo distingue [...] si bien no aísla, diferencia, asigna colectivamente a los consumidores a un código, sin suscitar por ello (al contrario) solidaridad colectiva» (Baudrillard, 2009: 90-91).

¿Por qué a pesar de toda la información de que dispone, la ciudadanía no se involucra de manera más activa en una cuestión como la del cambio climático? Aun cuando el esfuerzo de información por parte de las instituciones ha sido importante, ha resultado ineficaz a la hora de transmitirlo (Sloman y Fernbach, 2017: 184 y ss.), la pregunta que surge es: ¿por qué aun teniendo tanta información los sujetos no se involucran o son más proactivos con respecto a la crisis climática? Se apuntan dos razones (Callejo, 2022: 289-290): la primera, porque no hay demanda de acción social para moverse frente a la crisis climática, no hay demanda porque no existe una concepción del cambio climático como generador de daños de desigualdad e injusticia; la segunda, la falta de un sujeto como motor de ese cambio (Jasanoff, 2010), que se explica como consecuencia de hacer hincapié en soluciones tecnológicas que expulsan la acción humana de la solución. Esa misma tecnología, y los atributos sociales que le damos, nos evitan cuestionarnos nuestros propios comportamientos.

La preocupación por el cambio climático en las sociedades desarrolladas resulta una preocupación incoherente (García, 2008) y secundaria, situada por detrás de otras en la vida cotidiana (Lorenzoni y Pidgeon, 2006). Este lugar secundario puede explicar en parte la diversidad de las distribuciones de respuestas a preguntas que abordan la preocupación sobre el cambio climático, dependiendo en buena medida de cómo se pregunte: si la pregunta es directa o el marco de referencia son los «problemas globales» o «en el mundo», se obtienen

valores altos; pero cuando el problema del cambio climático se relaciona con otros temas de la agenda pública, o se interpela en general por los problemas que más preocupan (paro, vivienda, crisis energética...), las referencias al cambio climático languidecen (Ramos y Callejo, 2021: 3).

Esta ambivalencia entre la importancia que le dan los estudios cuantitativos y las prácticas cotidianas de los sujetos, hace que las representaciones sociales del medio ambiente estén sujetas a una complejidad importante. Al final, las disonancias cognoscitivas entre lo que afirmamos y la manera en que nos comportamos forman parte de una de las características de la modernidad tardía, lo que genera importantes problemas a la hora de abordar la crisis climática.

CONCLUSIONES

La toma de conciencia de la crisis ecológica está generando nuevas formas de comunicarla y redefinirla por parte de los sujetos. El papel relevante que se le está dando a la representación social de la «tecnología verde» hace de esta algo más que un problema meramente tecnológico.

Por una parte, nos reconstruye lo político. La inseguridad que genera la crisis climática crea un escenario de incertidumbre en el que la emergencia para abordarla vacía de contenido cualquier propuesta política que no haga de la tecnología el centro de su proyecto. El decrecimiento, crecimiento cero, el discurso antisistema..., quedan marginados, entre otras causas, porque no tienen la capacidad de responder a la emergencia climática (son procesos lentos y complejos, aunque se les pueda entender). Atribuimos socialmente a la tecnología (en el contexto de la producción científica) un discurso más elaborado y estructurado que nos permite reducir nuestra contingencia (real o ficticia), mientras que lo político está sujeto a conflictos y consensos que requieren procesos más lentos. Esta forma de entender la representación social de la «tecnología» acaba redefiniendo la relación entre política y ciencia, lo que nos lleva a una cientificación de la política.

Por otra parte, la tecnología tiene un papel emocional importante a la vez que nos produce una ambivalencia. Evita confrontarnos con nosotros mismos, nos permite evitar cuestionarnos nuestros propios hábitos. La paradoja es que la crisis climática no se constituye como un eje central de la preocupación ciudadana (el paro, la vivienda..., adquieren más relevancia); esta ausencia se explica como consecuencia de la insistencia en las soluciones tecnológicas que expulsa la acción humana de la solución, especialmente entre las personas no legas.

Una de las herramientas que más relevancia ha adquirido a la hora de comunicar y representar socialmente la crisis climática son las redes sociales. Adquirir la conciencia ambiental, a partir de mi experiencia personal vivida en la red (móvil, pantalla de ordenador...) condiciona la forma de interpretarla. El «desanclaje» o espacio vacío, derivado de la ruptura spatiotemporal de los mensajes, genera una desconexión entre la actividad social y global y su vínculo con las singularidades de los sucesos de los espacios locales. La consecuencia

de este proceso es que las diversas escalas de análisis espaciales de la realidad (global, regional, nacional, local) se diluyen.

Por último, en un contexto en el que el desarrollo del individualismo constituye una de las características de las sociedades contemporáneas, en que los lazos comunitarios se han roto o son débiles, la respuesta que van a dar los individuos a la crisis climática, va a ser la construcción de un nuevo comunitarismo. En este escenario la construcción de los vínculos sociales se va a llevar a cabo a partir de una relación entre iguales, es decir, a partir de las interrelaciones con otros grupos sociales que tienen las mismas características, económicas, sociales y culturales. Las posibilidades que generan las redes sociales a través de la creación de chats, foros de encuentro, páginas webs..., permiten a los sujetos interrelacionarse y comunicarse a partir de la experiencia individual (mi yo) que tienen sobre la crisis climática. No lo hacen con el objetivo de transformar la realidad, sino desde la experiencia individual compartida: por ser vegano, animalista, senderista...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alier, J. M. (2020). Una experiencia de cartografía colaborativa. El atlas de justicia ambiental. *Nueva Sociedad*, 286. Recuperado el 13 de febrero de 2023 de <https://nuso.org/articulo/una-experiencia-de-cartografi-colaborativa/>
- Alfie, C. (2017). Riesgo ambiental: La aportación de Ulrich Beck. *Acta de Sociología* 73, mayo-agosto, 171-194. Recuperado el 17 de enero de 2023 de <http://doi.org/10.1016/j.acso.2017.08.006>
- Amondarain, A., Barranquero, A., y Arrilucea, A. (2022). La construcción mediática de los movimientos juveniles frente al cambio climático. Fridays for Future y Extinction Rebellion en la prensa de referencia en España. *Estudio sobre el mensaje periodístico*, 497-509. Recuperado el 15 de enero de 2023 de <https://dx.doi.org/10.5209/esmp.80710>
- Baudrillard, J. (2009). *Sociedad de consumo. Sus mitos y estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2003). *La modernidad líquida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998). *La democracia y sus enemigos*. Barcelona: Paidós-Studio.
- Beck, U. (2000). Retorno a la teoría de la «Sociedad del riesgo». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 30, 9-20.
- Behall, R. N. (1989). *Hábitos del corazón*. Madrid: Alianza Editorial.
- Beltrán, M. (1999). Sobre la confianza en una ciencia secularizada. En R. Ramos y F. García (coords.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, 293-310, Madrid: CIS (Centro Investigaciones Científicas).
- Bericat, E. (2012). Emociones. *Sociopedia.isa*, 1-13. Recuperado el 9 de junio de 2022 de <https://doi.org/10.1177/205684601361>
- Bunge, M. (1972). *La ciencia, su método y su filosofía*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Bunge, M. (2000). *La relación entre la sociología y la filosofía*. Buenos Aires: Edad Ensayo.
- Callejo, J. (2021). El discurso ausente: el caso del cambio climático. *Papers*, 106(2), 279-301. Recuperado el 23 de enero de 2023 de <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2802>
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder.
- Castells, M. (2016). *De la crisis económica a la crisis política*. Barcelona: La Vanguardia Ediciones.
- Cohen, G. A. (2001). *Si eres igualitario, ¿cómo eres tan rico?* Barcelona: Paidós.
- Emirbayer, M., y Goldberg, C. A. (2005). Pragmatism, Bourdieu, and Collective Emotions in Contentious Politics. *Theory and Society*, 34, 469-518.
- Funtowicz, O. S., y Ravetz, J. R. (2000). *La ciencia posnormal*. Barcelona: Icaria.
- Galindo J. (2015). El concepto de riesgo en las teorías de Ulrich Beck y Niklas Luhmann. *Acta Sociológica*, 67, 141-164. UNAM (Universidad Autónoma de México). Recuperado el 27 de diciembre de 2023 de <https://doi.org/10.1016/j.acso.2015.04.006>
- García, E. (2021). *Ecología e igualdad*. Valencia: Tirant Humanidades.
- García, E. (2004). *Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta*. Madrid: Alianza Editorial.
- García, E. (2008). ¿Por qué andamos siempre a la greña con la naturaleza si nos pasamos la vida jurándole amor eterno? En J. Riechmann (coord.), *¿En qué estamos fallando? Cambio social para ecologizar el mundo*. Barcelona: Icaria
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (2010). *La política del cambio climático*. Madrid: Alianza.
- Ignazi, I. (2021). *Partidos y democracia. El desigual camino a la legitimación de los partidos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- IPPC (2021). *Sexto Informe sobre el Cambio Climático*. Naciones Unidas.
- Jasanoff, S. (2010). A new climate for society. *Theory, Culture & Society*, 27 (2-3). Recuperado el 23 de enero de 2023 de <https://doi.org/10.1177/0263276409361497>
- Jasper, J. M. (2003). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría y de investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, 10(4), 46-66.
- Joffe, H. (2003). Risk: From perception to social representation. *British Journal of Social Psychology* 42, 55-73.
- Lawler, E. J. (1999). Bringing emotions into social Exchange theory. *Annual Review of Sociology*, 25, 217-244.
- Lipovetsky, G. (2006). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lorenzoni, I., y Pidgeon, N. F. (2006). Public Views on Climate Change: European and USA Perspectives. *Climatic Change*, 77(1-2), 73-95.
- Luhmann, N. (1992). *Sociología del riesgo*. Guadalajara: UIA, UDEG.
- Isbet, R. (1975). *Introducción a la sociología. El vínculo social*. Barcelona: Vicens Universidad.
- Norgaard, K. (2011). *Living in Denial. Climate Change, Emotions, and Everyday Life*. Cambridge: MIT Press.
- O'Neill, S. J., Boykoff, M., Niemeyer, S., y Day, S. A. (2013). On the use of imagery for climate change engagement. *Global Environmental Change*, 23(2), 413-421. Recuperado el 20 de enero de 2023 de <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2012.11.006>
- Ramos, R. (2021). El futuro climático y el IPCC: una aproximación sociológica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 176, 102-117.
- Ramos, R., y Callejo, J. (2022). La preocupación social por el cambio climático en España: una aproximación cualitativa. *Política y Sociedad*, 59(3), 741-761. Recuperado el 28 de diciembre de 2022 de <https://dx.doi.org/10.5209/poso.74131>
- Reichmann, J. (1994). Límites, inconsistencias y bloqueos: notas sobre algunas dimensiones psíquicas de la crisis ecológica. *Revista Mientras Tanto*, 56, 37-64.
- Rendueles, C. (2013). *Sociofobia*. Madrid: Capitán Swing.
- Rheingold, H. R. (2004). *Multitudes inteligentes: la próxima revolución industrial*. Barcelona: Gedisa.
- Robles, J. M. (2017). ¿Por qué la brecha digital es un problema social? *Revista Panorama Social*, 25, 9-16.
- Rodríguez, R., y Ureña, D. (2011). Diez razones para el uso de Twitter como herramienta para la comunicación política y electoral. *Comunicación y Pluralismo*, 10, 89-116. Recuperado el 20 de enero de 2023 de <https://doi.org/10.36576/summa.30573>

- San Cornelio, G., Ardèvol, E., y Martorell, S. (2020). El estilo de vida como narrativa: análisis de las conexiones entre activismo y consumo en influencers medioambientales en Instagram [Conference]. *XII Congreso Internacional Latina de Comunicación Social*, Madrid, España.
- Searle, J. (1997). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Sloman, S. y Fernbach, P. (2017). *Knowledge Illusion*. Nueva York: Penguin Books.
- Sontag, S. (2014). *Sobre la fotografía*. Madrid: Bolsillo.
- Vallespín, F. (2021). *La sociedad de la intolerancia*. Barcelona: Galaxia de Gutenberg.
- Vallespín, F. (2015). Políticas y nuevas redes. *Revista Telos*, 100. Recuperado el 22 de junio de 2022 de <https://telos.fundaciontelefonica.com/archivo/numero100/politica-y-nuevas-redes/>
- Worldwatch Institute (2004). *State of the World, The consumer society*. Nueva York: W. Norton & Company

NOTA BIOGRÁFICA

José Enrique Antolín Iria

Doctor en Sociología por la Universidad del País Vasco (1995). Profesor titular del Departamento de Sociología y Trabajo Social de la Facultad Ciencias Sociales y de la Comunicación (UPV/EHU). Las líneas de investigación más relevantes son: segregación residencial, movimientos ambientalistas y ecologistas y urbanismo. Miembro del equipo de investigación consolidado, *Civersity*, financiado por la UPV/EHU (GIU20/47).

